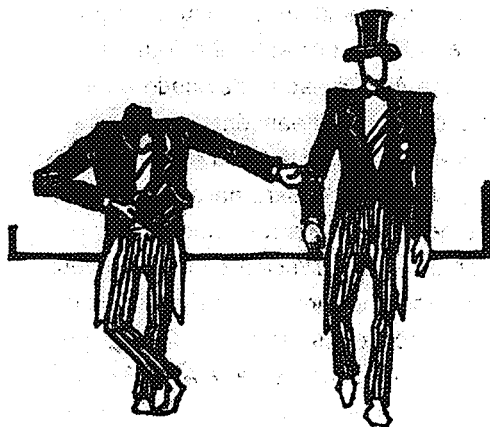


Un ejemplo de construcción del orden político:

CEREMONIA PROTOCOLAR Y PRÁCTICA DECORATIVA DURANTE LA QUINTA REPUBLICA

Gérald Pandelon*



La práctica decorativa republicana y su instrumentación política constituye un terreno de investigación rico en

enseñanzas sobre la historia social de la ciudadanía. Durante la Tercera República, más de un millón y medio de franceses comparten,

con la cercanía de la Primera Guerra Mundial, las 65 condecoraciones oficiales existentes. Entre otros, Mirabeau circunscribe los términos de una paradoja de las distinciones republicanas afectando así el modelo político con una doble tendencia de signo opuesto: por una parte, se afirma en lo abstracto, la supresión de toda forma de privilegio o de distinción susceptibles de fisurar la hermosa unidad igualitarista de la comunidad de los ciudadanos. Por otra parte, se substituye a las distinciones honoríficas monárquicas un orden honorífico republicano cuya paradoja es el promover, en nombre de la ejemplarización moral, jerarquías de prestigio entre los ciudadanos considerados iguales. Los debates parlamentarios que acompañan la ley del 25 de julio de 1873, relativa al orden de la Legión de honor y a las recompensas nacionales, constituyen un aporte valioso. Partidarios y adversarios de las prácticas condecorativas se reparten respectivamente entre las siguientes posiciones: por una parte, aquellos que mezclan la crítica de las modalidades de atribución al rechazo, el más radical, de la "vanidad" y de la "ambición" dentro de los procedimientos públicos de la emulación en un marco democrático, y por otra parte, aquellos que defienden

el principio en nombre del impacto social de la ejemplarización moral en la consolidación de un régimen republicano. Sobre el último punto, y después de Frédéric Caille, hay que preguntarse si esta instrumentación política de las distinciones republicanas no es sino el "señuelo" de una "meritocracia", de una equidad universal que se articula en definitiva y por su intermedio, en la imposibilidad de superar lo original y lo heterogéneo de las "substancias individuales". Durante la Quinta República, las distinciones republicanas participaron siempre y participan todavía de las transacciones políticas entre Prefectos y notables locales, que tienen, está sobreentendido, un interés en el control estatal de la sociedad local y en el control local de los servicios del Estado.

Bajo esta perspectiva, comprendemos el apoyar la hipótesis según la cual la ciudadanía participa de un proceso de civilización de las costumbres -estudiado por Norbert Elías- en el sentido de una empresa progresiva de socialización o de normalización de las conductas sociales dentro del campo de relación de fuerzas; lo último para decirlo a la manera de Michel Foucault.

En efecto, el orden impuesto por ese protocolo político es el de

un orden social vuelto virtuoso por una geometría indiscutible; aquella de *un mundo de pasiones por fin reconciliado con las exigencias de la razón*.

De esta manera, antes de entrar en funciones los presidentes de la República anuncian una simplificación del protocolo. Es una intención rápidamente abandonada luego de su investidura. El General De Gaulle se reservó el hacer tal tipo de promesa: en 1944, deploraba que sus contemporáneos hayan perdido "el gusto de las antiguas deferencias", "el respeto de las reglas de antaño"; en efecto consideraba, el protocolo como "la expresión del orden de la República".

Se debe recordar todavía al presidente François Mitterrand quién en los albores de su primer período (7 años) daba testimonio de una especial valoración sobre la importancia del protocolo, insistiendo en que su función no fuese relacionada con su persona. *El protocolo es entonces una orden, una manera de distribución de cuerpos, un dispositivo que contribuye a poner en escena el poder político.*

El protocolo garantiza la expresión del orden en política, porque fija la lista de "rasgos y precedencias" y la jerarquía de las funciones políticas; recuerda a cada quién su lugar, los gestos que debe realizar; porque justifica la distri-

bución de los cuerpos en el espacio político, porque regula el movimiento y el ritmo de las ceremonias.

El aprendizaje, la incorporación de los sentimientos y de las emociones que quiere inculcar el protocolo, constriñe actores y espectadores a ciertos gestos, a ciertas posturas, a ciertos silencios. El protocolo se esfuerza en gobernar a profundidad comportamientos y sentimientos, refuerza valores, creencias y convenciones, legitimando la autoridad política.

Al mismo tiempo, *el protocolo es el escenario de múltiples querellas simbólicas cuyo objetivo es el poder: el rango designado, el lugar ocupado, la posición sentada o de pie, la altura del asiento atribuido, la distancia que aleja, o al contrario, acerca a la autoridad política central, son posturas simbólicas determinantes. Es aquí donde las querellas de las precedencias toman sentido: puesto que la civilización de las costumbres ha, en cierta forma, pacificado las relaciones sociales y políticas, el lenguaje protocolar autoriza una expresión domesticada de los conflictos que no llegan a cuestionar el orden buscado.*

El siglo veinte utilizará tales recursos como de un verdadero instrumento de gobierno. Que tenga como finalidad el reforzar la supremacía de un jefe carismático sobre

una multitud o el reconfortar la primacía de la institución presidencial; la organización del Estado hace directa referencia al protocolo para establecer su autonomía.

Para instaurar el dominio, para imponer el respeto, para mantener la lealtad y la obediencia, el protocolo, a través de preceptos de directivas o manuales, distingue, recompensa, subordina, sanciona. En resumen, recurre a un conjunto de relaciones de autoridad que contribuyen en contrapartida, a reforzar. *Es en ese sentido que el protocolo permite comprender la morfología del poder.*

De esta manera podemos retener ciertos análisis de Sigmund Freud relativos a la angustia con el fin de subrayar esa condición previa fundamental del protocolo: el temor del desorden, de la violencia y del cambio¹.

Freud hace de la falta de precisión de los peligros, de la imposibilidad para el sujeto de coordinar las representaciones del peligro, uno de los orígenes de la angustia. La incertidumbre, la sensación de vacío, el fantasma del caos, son creadores de temor y angustia, que es lo que sentimos en nosotros mismos. Freud añade que esa

angustia no es solamente el temor de un peligro externo, sino también una experiencia subjetiva del conflicto en la economía psíquica de cada uno. La angustia es, en ese sentido, la experiencia del caos interno, la experiencia de mi incapacidad para dominar mi relación con el mundo, incapacidad, eventual, de manejar el conflicto entre mis deseos de destrucción y mis deseos de inversión².

De esta forma, dos temores se acumulan con combinaciones infinitamente renovadas: según las culturas y según los individuos. Por una parte, el temor del desorden externo, y por otra, la experiencia del conflicto interno. Estos dos temores hacen del desorden no dominable, un "estado afectivo elemental de angustia" que se traduce, por ejemplo, en la inhibición frente a la acción.

Por lo tanto, la finalidad esencial del protocolo es hacer reinar la armonía en las relaciones oficiales, así como la cortesía lo hace en las relaciones humanas, y el asegurar la paz social y psicológica. En realidad, el espectáculo del protocolo genera una triple reacción:

Primeramente, la ceremonia protocolar nos da, confusamente,

1) Pulsión o compulsión de repetición presente en todos los comportamientos de ritualización o de sacralización. Desde el punto de vista del actor político, esto se traduce en una ceremonia protocolar de voto, de conmemoración de fiesta.

2) Sigmund Freud. Inhibición, síntoma y angustia. París. PUF, 1951 (1ª Edición, 1926).

una imagen de paz, nos da la imagen ordenada del caos superado, como un espectáculo tranquilizador del orden político y por lo tanto, como una respuesta a nuestros propios conflictos. Si es verdad que somos el campo de una confrontación de nuestros deseos de amor y de odio, de vida y de muerte, el desarrollo protocolar nos provee de una respuesta provisoria, limadura de la conciliación positiva, y es una especie de triunfo de la paz sobre la violencia, de la armonía sobre la muerte.

En segundo lugar, a nivel del yo, puede pensarse que el desarrollo protocolar no tiene relación con los problemas de la identidad y de la identificación. El protocolo funciona fuertemente como un proceso de definición de los papeles y de las designaciones de las identidades. Además, el desarrollo protocolar ofrece el espectáculo de identidades sociales aceptadas, magnificadas, desarrollo que podrá funcionar como tranquilizador para el ciudadano que puede encontrar ahí la oportunidad de una valoración del orden político del que forma parte, y por consiguiente de una valoración de sí por identificación o por distanciamiento.

Finalmente, queda por decir lo que representa el protocolo para el Super-yo, es según Freud, esa ins-

tancia que interioriza los controles sociales e instala de cierta forma, el control en cada uno de nosotros³.

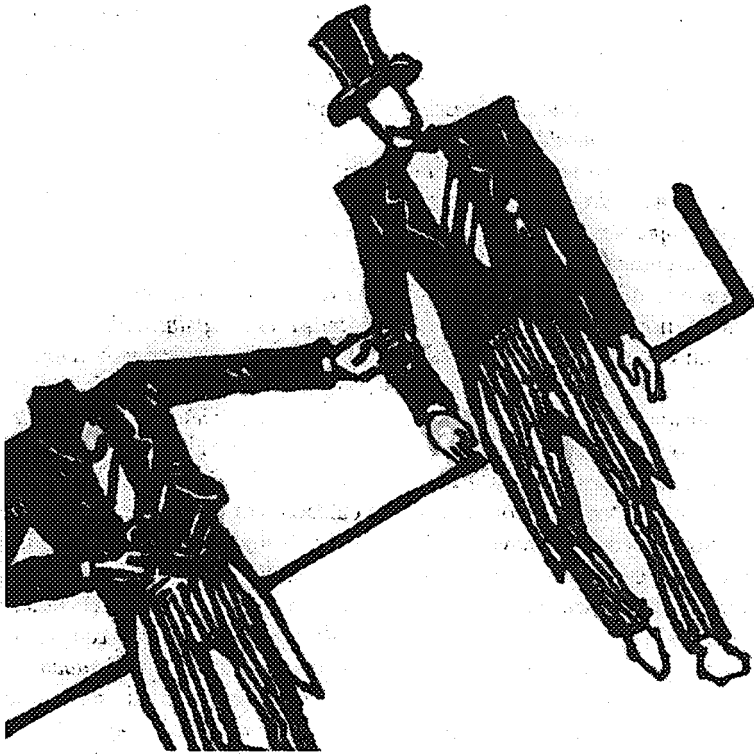
Con certeza, la ceremonia protocolar, es una imagen fuerte de los valores sociales y es una clara imagen de los controles sociales en acción; controles tanto más convincentes pues *cada uno de los actores acepta visiblemente ese autocontrol o se esfuerza por conformarse con la norma interiorizada*. La realización ideal del protocolo hace un llamado a la sublimación, a la superación de conflictos pulsionales, a su negación, o más exactamente a su denegación, ya que, según Freud, nuestros conflictos permanecen a pesar del rechazo.

De esta manera, el protocolo funciona como una forma de terapia sociopolítica, como imagen de la armonía en acción, desde el punto de vista individual, como un momento de armonización de las instancias.

Pero el protocolo se inscribe también en la idealización de lo político e incluso en lo sublime-político, y en el plano del individuo, en los procesos difíciles de la tensión, de la sublimación y del dominio superado.

Bajo esta perspectiva, el psicoanálisis ha tenido como función el encontrar el sentido latente de los actos minuciosos, cotidianos, repetitivos, que parecían

3) Sigmund Freud. *Malstar en la civilización*. París. PUF. 1971 (1ª Edición, 1929).



estar desprovistos –de éste– tal actos no realizados, o también de aquellos actos que no tenían sino como significación explícita el ser la expresión de un orden establecido entre los hombres o entre los hombres y Dios. Formuló la hipótesis de que aquello que parecía mezquino, extraño, no racional, no podía carecer de sentido, al contrario estaba provisto de una significación demasiado impor-

tante para desvelarse fácilmente. E igualmente, aquello que parecía ordenado, ritualizado, expresión de tabúes y prohibiciones y que formaba parte de una ceremonia, era probablemente un sistema de defensa contra el deseo y el temor de ver ese deseo exteriorizarse.

Sin embargo, qué es un ritual sino una ceremonia reglamentada, que implica palabras, actos, posturas, un orden de precedencias formales, frecuen-

temente renovadas según la analogía de las circunstancias y por lo tanto maneras de ser o al menos de comportarse rígidas, previstas o previsibles que ofrecen a quien está sobre aviso de un simbólico inamovible y a quien es "inocente" de una sensación de estar frente a una pieza agradable a pesar de no comprender su disposición.

Al argumentar que no hay nada carente de significado y que el sentido no puede alojarse en un sentido preestablecido de una vez por todas, el psicoanálisis pudo apartar aquello que estaba dentro de lo no viviente, de lo mortífero (a menudo necesario a la vida) y que nombró "compulsión a la repetición", siendo el mayor obstáculo de la cura considerando que la última debe favorecer en el ser humano lo vivo y lo creador de él mismo, y al mismo tiempo, lo vital del individuo para existir. De esta paradoja se nutren el hombre y las sociedades.

Sin embargo, los rituales y las reglas protocolares tienen una función

de protección. Los tabúes concurren por lo tanto a la institución de lo social. Permiten una protección con relación al mundo exterior así como del mundo interior.

Del mundo exterior: el ritual reduce a cada uno a su papel social. Rol marcado por el sello de lo "ideal". *Aquel que participa en un juego protocolar debe ceñirse a una cierta postura, a gestos precisos. Su caminar está reglamentado, su rostro debe expresar sentimientos codificados. Su habla está limitada, solamente el lenguaje prescrito es admisible. Cuidado con "el movimiento que desplaza lo dicho" (Baudelaire), cuidado con cualquier expresión fuera de lugar. El papel debe ser interpretado a la perfección. Aquel que está acorde con el modelo idealizado y que todo el mundo comprende de manera intuitiva, es admirado.*

Por el contrario, es "sujeto a la vergüenza" *aquel que se equivoca, que deroga, que flaquea, que utiliza un discurso cacofónico políticamente.* (S)

